



**ACADEMIA DE VETERINARIA
DE LA REGIÓN DE MURCIA**

**DEL ORO BLANCO QUE HIZO RICA A CASTILLA,
DE LOS REITERADOS INTENTOS FRANCESES POR
HACERSE CON NUESTRA OVEJA MERINA, Y DE UN
INÉDITO RELATO FINAL QUE POR INSÓLITO CONFÍO
PROVOQUE POR LO MENOS UNA SONRISA...**

**DISCURSO DE INGRESO COMO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE
ILMO. SR. D. GONZALO GINER RODRÍGUEZ**

Y DISCURSO DE PRESENTACIÓN
A CARGO DEL

ILMO. SR. D. ANTONIO ROUCO YAÑEZ

ACADÉMICO DE NÚMERO

Murcia, 25 de febrero de 2016



ACADEMIA DE VETERINARIA
DE LA REGIÓN DE MURCIA

**DEL ORO BLANCO QUE HIZO RICA A CASTILLA,
DE LOS REITERADOS INTENTOS FRANCESES POR
HACERSE CON NUESTRA OVEJA MERINA, Y DE UN
INÉDITO RELATO FINAL QUE POR INSÓLITO CONFÍO
PROVOQUE POR LO MENOS UNA SONRISA...**

DISCURSO DE INGRESO

COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DEL

ILMO. SR. D. GONZALO GINER RODRÍGUEZ

Y

**DISCURSO DE PRESENTACIÓN
A CARGO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO
ILMO. SR. D. ANTONIO ROUCO YAÑEZ**

Murcia, 25 de febrero de 2016

EDITA:



ACADEMIA DE VETERINARIA DE LA REGIÓN DE MURCIA

El texto de este volumen se corresponde con el original y correcciones efectuadas por los autores

ISBN: 978-84-608-5525-5

Depósito Legal: MU-72-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: 42 líneas

42lineasdigital@gmail.com

ÍNDICE

Discurso de presentación del Ilmo. Sr. D. Gonzalo Giner Rodríguez a cargo del Académico de Número Ilmo. Sr. D. Antonio Rouco Yáñez	5
Discurso de Ingreso como Académico Correspondiente del Ilmo. Sr. D. Gonzalo Giner Rodríguez, <i>Del oro blanco que hizo rica a Castilla, de los reiterados intentos franceses por hacerse con nuestra oveja merina, y de un inédito relato final que por insólito confío provoque por lo menos una sonrisa...</i>	15
Documentación consultada	65

DISCURSO DE PRESENTACIÓN DEL
ILMO. SR. D. GONZALO GINER RODRÍGUEZ
A CARGO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO
ILMO. SR. D. ANTONIO ROUCO YÁÑEZ

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos
Ilustrísimas y Dignísimas Autoridades
Sras. y Sres.

Es un honor y un privilegio que mis compañeros académicos hayan delegado en mí persona para la presentación de Gonzalo Giner Rodríguez como Académico Correspondiente de esta institución. Al mismo tiempo, es un motivo de satisfacción darle la bienvenida a una persona a la que considero amigo, que nunca me ha fallado cuando he requerido (y en ocasiones abusado) de su presencia para algún acto, su generosidad en ese sentido, para mí es impagable. Sin embargo, no es mi relación personal la que me lleva a decir que hoy la Academia de Veterinaria de la Región de Murcia recibe a un auténtico erudito y gran profesional, sino sus propios méritos y virtudes, su rica formación y su trayectoria editorial, que le hacen acreedor a esta distinción. Profeso por Gonzalo Giner una profunda admiración, y no me cabe la menor duda de que será un Académico brillante y entregado, que contribuirá a aumentar el prestigio de nuestra Academia.

Gonzalo Giner Rodríguez nació en Madrid el 19 de junio de 1962, está casado y es padre de dos hijos. Estudió en el Colegio Sagrado Corazón de Madrid y se licenció en Veterinaria en la Universidad Complutense en el año 1986, es especialista en nutrición animal y máster en dirección de empresas por el IESE de Navarra. Gonzalo ha desarrollado su trabajo alternando tareas directivas y de marketing en grandes compañías, con su pasión por el estudio y conocimiento de la historia.

Su actividad profesional, estrechamente vinculada con la economía, la producción ganadera y el medio rural, la ha venido ejerciendo entre Asturias, Navarra, Cataluña, Castilla y León y Madrid, algunos de los escenarios que surgen espontáneamente en sus relatos.

La experiencia laboral de Gonzalo Giner ha recorrido diversos escenarios casi siempre relacionados con el mundo de los rumiantes y la empresa. Dio sus primeros pasos en Asturias, a modo de prácticas, en la clínica del vacuno lechero, le siguió Navarra con una breve experiencia en laboratorios Intervet, y su trayectoria más larga tuvo lugar en Gallina Blanca Purina donde trabajó como responsable de marketing para España y Portugal en la línea de rumiantes de leche, añadiendo posteriormente, y en la misma compañía, un periodo de dirección comercial.

Actualmente es socio de una empresa de Consultoría nutricional y de Management, Geslec Consultores, que presta sus servicios a cooperativas, agrupaciones de ganaderos y a la propia industria de fabricación de piensos compuestos y aditivos, ofertándoles soluciones nutricionales, formulación de piensos, valoración económica y técnicas del empleo de aditivos, racionamiento en granja, estudios sobre calidad de carne y alimentación, junto a otras innovadoras soluciones de valor añadido.

Su primera incursión en el mundo literario, al que llegó por pura obstinación, jugándose todo a la carta de presentar su proyecto en diferentes editoriales, fue “La Cuarta Alianza”, esta ópera prima de nuestro escritor, fue mucho más que eso, editada en 2005 nos cuenta la historia de un insólito paquete que llega a la exclusiva joyería Luengo de Madrid. Su sorprendente contenido resulta tener una antigüedad de más de 3.300 años. Fernando Luengo, su propietario, ayudado por su fiel y joven colaboradora Mónica, decide investigar el origen del brazalete, desenterrando una inquietante y apasionante trama que los va arrastrando por distintos escenarios históricos. Con la ayuda de dos expertos historiadores y a medida que se va desvelando la verdadera realidad del brazalete, Fernando descubre una constante que se repite en todos los acontecimientos históricos que revisa: la aparición de objetos sagrados de extraordinaria trascendencia que tanto templarios, esenios, como Inocencio IV ambicionan poseer para desarrollar o contrarrestar unos oscuros planes apocalípticos. Mientras Fernando va descubriendo los hilos que mueve la

oscura secta de los esenios, que desde tiempos inmemoriales ha llegado hasta nuestros días guiada por los textos de un papiro encontrado en Qumram, se va enamorando de Mónica, su ayudante, y de Lucía, una historiadora cuya labor ha sido definitiva para desentrañar la verdad de la misteriosa trama en la que están todos ellos implicados. Esta obra fue el primer espaldarazo de Gonzalo, se reeditó numerosas veces, con una importante proyección internacional, habiendo sido traducida a seis idiomas.

Su segundo título, publicado en 2006 fue “El Secreto de la Logia”, en ella toma el siglo XVIII como marco para ambientar un intenso thriller. Corre el año 1746, en el palacio del marqués de la Ensenada una niña presencia el pavoroso asesinato de su madre y el apresamiento de su padre bajo la acusación de pertenecer a la masonería. El trágico hecho que marcará la vida de la joven Beatriz Rosillón acontece en una España regida por Fernando VI, y en cuyo tejido político y social intentan infiltrarse los francmasones. Mientras las clases dirigentes tienen puesta la mirada en las actividades de la hermética sociedad, una serie de estremecedores crímenes tiñen de sangre las calles de Madrid. Ese misterio es el que tendrá que resolver Joaquín Trévez, alcalde de Villa y Corte, para averiguar la verdad que se esconde detrás de cada uno de los homicidios, al tiempo que descubrir qué primitivo y temible secreto sacude el alma del asesino. Gonzalo, con “El Secreto de la Logia”, nos vuelve a cautivar y mantenernos en vilo por el sorprendente hilo argumental y su excelente narrativa. Y tengo que confesar que esta obra, que fue la primera de Gonzalo que llegó a mis manos, me hizo pasar unos momentos fabulosos, y de muy grato recuerdo, con su lectura.

En el año 2008 se publica la novela que Gonzalo considera su proyecto más personal, “El Sanador de Caballos”. En esta novela, a la que creo que todos nos hemos acercado, Diego de Malagón, hijo de un posadero, durante un ataque sarraceno, es testigo del secuestro de sus hermanas. Consigue huir a Toledo donde conoce a Galib, un veterinario mudéjar de gran prestigio, que le acoge como aprendiz y le muestra el poder y la belleza de la albeitería,

la ciencia que estudia la curación de los animales más importantes para los hombres: los caballos. Pero a causa de un malentendido con la esposa de Galib, Diego debe salir huyendo de nuevo. A partir de ese momento, el protagonista de esta novela hurgará en las entrañas de la biblioteca de un monasterio cisterciense para descubrir los secretos más recónditos del saber, y formará parte de un selecto grupo de espías que se infiltrará, en Sevilla, capital del califato musulmán. Allí el albéitar llegará a ser una pieza fundamental en la renombrada batalla de las Navas de Tolosa en la que los cristianos sentenciaron a su favor la reconquista española. En esta novela, nuestra profesión, la profesión veterinaria, se vertebra en una historia humana durante el medievo español. En palabras de Gonzalo, “El Sanador de Caballos” nació como homenaje a nuestra profesión, a su profesión de la que está profundamente enamorado, y ha sido sin duda el mayor éxito de su obra literaria con más de veintiséis reediciones y 500.000 lectores en España. La novela no sólo ha tenido una gran repercusión en la profesión veterinaria, también en el público español y actualmente en el mercado alemán, polaco e italiano. Además ha vendido derechos cinematográficos a Antena 3 Films para la producción de una serie de televisión o una película de cine. Y en la primavera de 2015 será editada en Estados Unidos bajo el título; “The horse healer”.

Su siguiente obra, “El Jinete del Silencio” editada en 2011, narra las aventuras de un insólito mozo de cuadras que descubrió la belleza en el alma del animal. Yago, que así se llama el mozo, había nacido dos veces y por sus venas no solo correría la sangre de los hombres, también lo haría el espíritu de los caballos. Fruto del amor prohibido entre una criada y un corrupto hacendado de Jerez, el aliento de un equino lo devuelve a la vida. Privado del amor de su madre, la vida de Yago no será fácil. Incapaz de comunicarse con los humanos, sufre un aislamiento interior que le hará víctima de todos los que le rodean. Conocerá el dolor y el hambre en su niñez, el horror de la esclavitud en su juventud, el miedo en un sanatorio psiquiátrico y una humillación constante. Pero Yago posee un don único: es capaz de expresar su riqueza interior a través de un animal: el caballo. Solo en las cuadras o

sintiendo el viento a lomos de ellos, Yago recibirá el calor y la paz que los hombres le niegan. Abandonado por todos, el protagonista encontrará a un hombre que cambiará su existencia, Camilo, un fraile cartujo que sabrá leer en su mirada lo que otros no han querido ver: su ansia de amor. Camilo velará por él y se convertirá en el padre que nunca tuvo. El jinete del silencio cuenta la vida de un joven con síndrome de Asperger en pleno siglo XVI, un tiempo de incompreensión. Repleta de aventuras y personajes apasionantes (entre ellos el pintor Miguel Ángel Buonarroti, aquejado de su mismo mal), la novela nos traslada a la Andalucía de los nobles criadores de caballos, donde se encuentra una silenciosa Cartuja de la Defensa en la que, entre rezos y clausura, los monjes se encargarán de poner la semilla de una raza de caballos para la eternidad. El “Jinete del Silencio” recrea el nacimiento del arte ecuestre y de una raza de caballos, esencia de la raza española. En pleno Renacimiento, el caballo se convierte por primera vez en un objeto de culto, y la equitación en una disciplina artística. Yago triunfa en la vida gracias a su tesón y a la ayuda de los animales. Se trata de un personaje con limitaciones psicológicas que acaba superando sus propias barreras gracias a la ayuda de los animales. Esta obra editada por Temas de Hoy de editorial Planeta, cuenta ya con cuatro ediciones, y ha vendido derechos de publicación en Alemania e Italia, e inspirará en breve una obra teatral de gran originalidad.

En junio de 2014 se publica la que hasta ahora es su última obra, “Pacto de Lealtad”, aquí la acción nos sitúa en pleno siglo XX, poco antes del estallido de la Guerra Civil, en este escenario la vida de Zoe Urgazi se desmorona: su marido muere en la revolución asturiana al tiempo que ella descubre su infidelidad; su padre es encarcelado; y ella, sin ningún tipo de ingresos ni patrimonio, es desahuciada del palacete madrileño donde reside. Añorando una existencia pasada, Zoe intenta sobrevivir en un país turbulento junto a Campeón, un perro sin estirpe, que le ayudará a sortear los peligros de una guerra injusta. Se trata de una novela trepidante que recorre el periodo más dramático del siglo XX: la Guerra Civil y el auge del nazismo, y que narra, por vez primera, el papel de los canes en los conflictos armados. Espías, experimentos secretos para hallar

un perro de guerra mitológico, traiciones, amor, etc., atraviesan estas páginas que ilustran, gracias a su protagonista, el inquebrantable y ancestral pacto de lealtad entre el perro y el hombre. La novela que ya lleva 7 ediciones, es un auténtico homenaje a los perros y su intervención en las guerras y en servicios humanitarios.

Por otra parte, Gonzalo, en estos últimos años, ha sido premiado con numerosos reconocimientos profesionales entre los que se pueden destacar:

- Académico correspondiente por la Academia de Ciencias Veterinarias de Cataluña.
- Académico Correspondiente por la Academia de Ciencias Veterinarias de México.
- Colegiado de Honor de los Colegios de Veterinarios de: Madrid, Asturias, Málaga, Huelva, Cádiz, Murcia y Segovia.
- Premio Albéitar a la comunicación, una distinción que le fue concedida por el Consejo General de Veterinarios de Andalucía.

Pero, dicho por él mismo, entre todos los homenajes, el más emotivo es el que le dan los miles de compañeros que, de un modo u otro, se le acercan para compartir sus impresiones después de haber leído alguna de sus novelas.

En el discurso que vamos a tener el placer de escuchar, que lleva por título: “Del oro blanco que hizo rica a Castilla, de los reiterados intentos franceses por hacerse con nuestra oveja merina, y de un inédito relato final que por insólito confío provoque por lo menos una sonrisa...”, Gonzalo destaca la importancia de nuestro merino como sostén económico de un Imperio que nos encumbró como primera potencia mundial. Según él resalta, no fueron las riquezas, ni el oro del nuevo mundo, sino la lana de calidad y su monopolio lo que nos proporcionaba los recursos suficientes para prosperar y crecer, y eso

fue así hasta bien entrado el siglo XIX. En todo caso, no quiero extenderme más en este punto ya que vamos a tener el placer de oírsele a nuestro nuevo Académico. Lo que no me resisto es a invitarles a todos ustedes a la lectura del discurso, en especial a su última parte, que creo que no va incluida en la conferencia, titulada: “14.463 merinos”, donde, de forma novelada, Gonzalo nos cuenta la historia de un codiciado rebaño de merinos, de Napoleón y de las Cortes de Cádiz, una auténtica delicia.

Para finalizar, porque el protagonismo no me corresponde a mí, quisiera destacar la vertiente humana de Gonzalo, una persona cercana, extremadamente educada, humilde, afable, buen conversador, servicial, agradecido. Todos estos valores, de los que nuestra Sociedad actual anda escasa y necesitada, junto a sus méritos más que sobrados hacen que nuestra Academia pueda sentirse orgullosa y estar de enhorabuena al recibir a Gonzalo Giner como uno de sus miembros, lo que, sin duda redundará en el desarrollo y mayor prestigio de nuestra, todavía, joven Institución.

He dicho.

**DISCURSO DE INGRESO COMO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DEL
ILMO. SR. D. GONZALO GINER RODRÍGUEZ**

Excelentísimo Sr. Presidente,
Excelentísimo e Ilustrísimos Académicos
y Académicas, Señoras y Señores,

Ponerle título a una novela es, créanme, una de las más arduas tareas que un escritor tiene que abordar mientras escribe. Y lo es, porque de él, del título, se espera que sea atractivo, pero también capaz de sintetizar el contenido de la posterior narración.

Como a lo de las novelas ya me dedico, pero no tanto a escribir y leer conferencias en tan doctas Academias, he querido imitar mi técnica literaria con el título que encabeza el tema del que quiero hablar.

“Del oro blanco que hizo rica a Castilla, de los variados intentos franceses por hacerse con nuestra oveja merina, y de un inédito relato final que por insólito confío provoque por lo menos una sonrisa”

Visto que la titulación me ha quedado un poco larga y posiblemente ampulosa, ¿cumple al menos el objetivo de sembrar interés en ustedes? Espero que sí. De ser lo contrario lo siento, pero reconozco que por lo menos me ayudará a estructurar esta conferencia bajo tres ejes principales: la importancia del comercio de la lana de nuestra universal oveja merina, en la Castilla medieval de los siglos XV y XVI, y hasta bien empezado el siglo XIX; un verdadero oro blanco. Como segundo pilar, expondré los numerosos intentos de nuestra vecina Francia por romper el dominio de España en la producción de lana de calidad... Y por último, un hecho bastante desconocido sobre el cuál me he permitido la licencia de trasformarlo en un breve relato, quizá para alargar lo que no era sino una breve mención histórica que localicé unos tres años atrás, y que en mi opinión refleja bastante bien la esencia de los temas anteriores; y me refiero a un rocambolesco robo de nada menos que 14.463 ovejas merinas, por expresa orden de Napoleón, en la España de 1811, durante los años de la invasión francesa. Como esta historia la he desarrollado a lo largo de veintiséis páginas, lógicamente no será hoy el momento de que vea la luz. Aunque les daré un anticipo...

¿Por qué identifico el comercio del vellón de ganado merino como el oro blanco? Varias son las razones, pero la primera de todas, sin duda, es que la lana fue el principal producto de exportación de Castilla desde el siglo XIII hasta su declive a comienzos del XIX, fue causa directa de su riqueza, (antes de las que vinieron desde América), sustento fundamental de las finanzas reales, y la base de una compleja estructura, inusualmente bien organizada para aquella época, que incluía la producción, transporte y venta a los países de destino.

Para dar significado a esta afirmación, nada mejor que visualizarlo con números, aunque para ello les ruego que hagan un esfuerzo para ponerse en época.

En las primeras décadas del siglo XVI sabemos que Castilla exportaba entre 25.000 a 30.000 mil sacas anuales de lana, principalmente a Flandes, lo que equivalía a unas 3.500 toneladas de producto con un valor final de 810 millones de maravedíes. Esa cantidad de moneda antigua puede parecernos abultada, pero si la trasladamos a una moneda conocida como es el euro, el valor actual de aquellas exportaciones equivaldría a nada menos que 1.600 millones de euros.

Esa enorme cantidad de lana procedía de los rebaños trashumantes de oveja merina que estaban bajo el amparo del Real Concejo de la Mesta. Estamos hablando de la lana producida por un total de dos millones y medio de cabezas que circulaban por las diferentes cañadas en busca de pastos frescos. Aunque la cifra es muy notable, a mi me parecen muchísimas, en realidad se queda corta, ya que para producir esas 3.500 toneladas de lana aún se necesitaban más ovejas, en concreto otras 750.000, en este caso de rebaños estantes en las zonas de producción, que comprendían las actuales dos Castillas, Córdoba y Extremadura. Por tanto, hablamos de una actividad que comprendía el compromiso lanar de más de tres millones doscientas cincuenta mil ovejas de raza merina. Es preciso apuntar que en los datos anteriores solo estoy cifrando la lana de oveja merina, sin duda la de mayor calidad, porque también se exportaba lana de churra y otras ovejas entrefinas.

Cuando me refiero al mercado de la lana como un gran negocio, me baso en los datos que he podido extraer entre los precios pagados al ganadero, los costes de transformación desde el esquila a la entrega en los puertos flamencos, y los precios finales de venta.

Sigamos así con más datos.

Pero lo haremos con la unidad básica de venta, la de una saca de lana. Regresando a las primeras décadas del siglo XVI una saca de lana se pagaba al ganadero a 2700 maravedíes, o 340 maravedíes la arroba, y pesaban unas ocho arrobas. Esa saca de unos 75 a 100 kg era comprada por un nuevo estamento social que fructificó notablemente a partir del siglo XV, los grandes comerciantes, fundamentalmente burgaleses después de que lo hubieran hecho los genoveses, quienes la contrataban, recogían, seleccionaban y lavaban, y después la trasportaban por barco hasta Brujas o Amberes donde se vendía a un precio de 27.000 maravedíes...

¿Qué les parece?

Un producto que costaba 2.700 y que se vendía a 27.000... Después de los diferentes gastos que suponía llevarla a destino, se calcula que el margen que quedaba en la transacción era para aquellos negociantes superior al 60%. Por tanto, aquellos poderosos comerciantes, que finalmente consiguieron de los diferentes reyes de Castilla el monopolio de esa venta, se convirtieron en una nueva y poderosa clase social, muy enriquecida y cercana a los monarcas a los que financió guerras, empresas y gastos, dado que ganaban al año en torno a los 486 millones de maravedíes.

¿Esta última cifra era una cantidad significativa para la época? Para contestar a esta pregunta he consultado los ingresos que tuvo la corona de Castilla, en concreto en tiempos de la reina Isabel, y como ejemplo en el año 1504 la corona recaudó 315 millones de maravedíes. Por tanto, hemos de considerar

que aquel grupo de mercaderes, apenas unos pocos, que comerciaban con la lana desde Castilla a las húmedas tierras de Flandes, en aquellos tiempos ganaban bastante más dinero de lo que lo hacía la propia reina.

Sin duda estamos considerando un gran negocio que además contribuyó a modificar las estructuras propias de la sociedad feudal abriendo paso a una floreciente burguesía y junto a ella al desarrollo de las ciudades y gremios; una transición económica desde la nobleza a los ricos comerciantes. Y esto se produjo gracias a la propia organización del comercio de la lana.

¿Pero qué pudo suponer el fabuloso beneficio que dejaba la venta de lana al resto de la sociedad castellana?.

Para responder a esta pregunta, volvamos a hacer unos números.

En manos de los ganaderos quedaban al año en torno a 81 millones de maravedíes... Pero no pensemos que estaban bien repartidos, porque los propietarios de los rebaños de Castilla en su mayoría eran nobles. Podríamos decir que el 80% de esas ovejas estaban en manos de la alta nobleza.

Para el movimiento de la lana desde las zonas de esquila a los centros de lavado, y después a los puertos del Cantábrico, donde se embarcaba para trasladarla al norte de Europa, se estableció una enorme y bien organizada red de transporte en carretas que como ejemplo, y en el caso de Burgos y Soria, tomaba nombres específicos; “Las carretas de la Junta y Hermandad de la Cabaña Real de carreteros de Burgos y Soria” Ese trabajo de carreterías, quizá el de mayor impacto social en toda la cadena del comercio de la lana, implicaba la presencia de un mayoral, un operador y ayudante de operador, un pastero y un ayudante de pastero y dos gañanes.

En el siglo XVI, solo esta hermandad manejaba 8.000 carretas y 22.000 bueyes. Los comerciantes de lana cerraban contratos privados con ella, y estaban exentos de ciertos impuestos como por ejemplo el de portazgo. Cada

carreta llevaba 5 sacas, por tanto en torno a los 350 kilos y suponía un coste de unos 75 maravedíes por saca. Haciendo unas rápidas cuentas, este peculiar gremio ingresaba al año unos 2 millones y medio de maravedíes.

En los lavaderos de lana existía una ordenada población de trabajadores cuyos oficios tomaban nombres como; apartador, estibador y marcador. El primero, como experto en calidades de lana, clasificaba los diferentes tipos. Una vez lavada, el estibador apretaba la lana con “estibas” para rebajar el volumen de la saca y conseguir un peso final de unas 8 a 9 arrobas. La lana, en el proceso de selección y lavado mermaba hasta dos terceras partes de su volumen inicial. Y el marcador, marcaba con almagre la saca identificándola con el nombre del mercader, y cerraba el proceso que en conjunto añadía un coste al producto de unos 136 maravedíes por saca. Por tanto, el trabajo de lavado y marcado generaba en los secaderos de Castilla la formidable cifra de cuatro millones de maravedíes al año.

El último eslabón en la cadena comercial de la lana con Flandes se encontraba al borde del mar Cantábrico, en los puertos de Santander, Laredo y Bilbao, donde esperaba una imponente flota de naos y embarcaciones. En general eran de medio tonelaje, entre 60 a 70 tm, debido a que los puertos de Brujas y Amberes no permitían mucho calado. En aquellos puertos cántabros existían lugares de almacenaje de la lana, en espera de organizar las flotas especializadas de lana castellana y una poderosa estructura de construcción naval y de mantenimiento. Existían numerosos oficios relacionados con la navegación que incrementaron su presencia en las poblaciones limítrofes a los puertos y que se beneficiaron del comercio blanco.

Durante las últimas décadas del siglo XV y primeras del XVI los anteriores puertos citados disponían de una flota de cerca de 200 barcos con una media de transporte de unas 100 toneladas por barco. Y el coste que podían cobrar por saca, desde un puerto español a Brujas rondaría los 1.000 maravedíes por saca. Los puertos de Santander, Laredo y Bilbao se especializaron en el transporte

de lana, mientras que puertos como Bermeo, Motrico San Sebastián o Guetaria dedicaban su flota a la pesca de la ballena y el bacalao, en mares muy lejanos, especialmente en Terranova, y a la exportación de hierro. Los maestros de esas embarcaciones cerraban los envíos de lana a Francia, Flandes o a Inglaterra con muchos meses de antelación y se denominaban “marineros de costa y derrota” en contra de los que hacían la ruta en busca de cetáceos que eran llamados; “marineros de alta mar”.

Cuando los carreteros llegaban a los puertos les esperaba una figura que tuvo un papel esencial para aquellos comerciantes que era el “factor”. Estos hombres, los factores, se encargaban de recepcionar la mercancía, almacenarla, fletar los barcos, cubrir los papeleos exigidos, saldaban los salarios de los carreteros, liquidaban los impuestos, entre ellos los llamados “diezmos de la mar”, saldaban obligaciones monetarias de sus jefes, y pagaban los derechos de puerto y seguros de flete. Por todo ese trabajo cobraban lo que se llamaba “estolaje” que equivalía a 17 maravedíes por saca.

Si he mencionado muchos de los que intervenían en el recorrido de la lana desde el rebaño hasta los clientes finales en Flandes, Rouen u otros destinos europeos, lo hice para describir la poderosa actividad comercial que este mercado generó en el conjunto de la sociedad castellana de finales de la Edad Media. Porque las consecuencias de tan amplio negocio significaron el desarrollo de instituciones propias como también de otras actividades que a la postre desencadenaron importantes cambios en la estructura productiva y organizativa de aquella Castilla.

Hablaré como ejemplo de ello de las ferias anuales donde se contrataba la lana y se comerciaba con tejidos y otros muchos bienes, como sucedió en Medina del Campo, población que a partir de mitad del siglo XV celebraba la feria comercial más importante del sur de Europa. Para hacernos idea de la importancia económica que tuvo esta feria, he podido averiguar su población hacia 1450, que era nada menos que de 22.000 habitantes, cuando por la misma fecha Bilbao solo contaba con 8.000.

Se celebraba feria en dos épocas del año, mayo y octubre. Duraban 50 días, y a ellas acudía una infinidad de comerciantes extranjeros venidos de toda Europa; flamencos, ingleses, genoveses, lombardos, franceses y alemanes, pero con ellos vendedores y mercaderes de Navarra, Aragón, Sevilla, Toledo, Segovia, Salamanca y de otros muchos lugares de España.

Bajo la supervisión de los corregidores municipales y bajo el amparo real, Medina mantuvo una organización de sus ferias que hoy día asombraría. Estos eventos comerciales disfrutaban de un beneficio fiscal enorme, pues durante los días de celebración la ciudad tenía un carácter franco, por tanto estaba libre de impuestos salvo los portazgos. Aparte de la plaza principal, que en su momento era la más grande de Europa, en cada calle se agrupaban los vendedores según qué tipo de producto vendían; plateros, paños mayores de lana, traperos de vara, cambiadores que hoy llamaríamos banqueros, los pellejeros en otra calle, joyeros, silleros y freneros, (nombres de oficios irreconocibles hoy día), vendedores de cera, pez sebo, aceite, mercaderes de mantas de pared, cabestreros, armeros y buhoneros, panaderos, tratantes de ganado mayor o menor, domado o sin domar, carniceros, mesoneros y desde luego mercaderes de lana.

El corregidor de Medina disponía de agentes de pesas y medidas oficiales para evitar los engaños; alguaciles y personal para vigilar el orden público y ahuyentar a los vagabundos y ladrones. También dirigía una cuadrilla de veedores que supervisaban la honestidad de los comerciantes, que incluso controlaban la cantidad de luz de los comercios interiores, donde se vendían paños y brocados, para evitar engaños en la calidad del tejido por una deliberada falta de iluminación, algo que debía ser bastante común.

Otra de las figuras curiosas que colgaban del gobierno municipal era la del “Aposentador mayor” Una figura sin cuyo expreso mandamiento nadie en Medina podía admitir en su casa, propia o alquilada, huésped alguno que acudiese a la feria bajo pena de 300 maravedíes por persona, incurriendo en

idéntica pena el mercader que en la casa se hospedase sin la oportuna licencia. Este hombre organizaba, según fuera la calidad del mercader y la importancia de las casas, la ubicación de todos ellos distribuyéndolos entre las casas más cercanas a las calles de su oficio, pero dejando libres las posadas para el uso exclusivo de los feriantes. Además de ese trabajo de casi operador logístico, supervisaba la calidad del alojamiento y prohibía aquellas que no estuvieran en buenas condiciones.

Pero en Medina del Campo, donde se vendieron en algún año hasta 60.000 sacas de lana, el doble de lo que antes he expuesto, florecieron las casas de cambio, hoy llamados bancos, que rellenaban libros de caja, cobraban obligaciones o prestaban dinero con interés, y sobre todo extendían letras de cambio, una forma de crédito bastante desconocida hasta entonces. En esas mesas que se instalaban en una de las calles principales de la ciudad se realizaban transacciones económicas de primer orden. Tanto es así que por ejemplo en 1565 se giraron letras por valor de 1.200 millones de maravedíes; 2.400 millones de euros de hoy...

La lana, el ahora casi marginal producto de la oveja, hace ochocientos años provocó que sus comerciantes decidieran agruparse bajo una fórmula gremial en defensa de sus fabulosos intereses, para organizar el trabajo y sobre todo en aras de resolver sus propios conflictos, a falta de un sistema de justicia que entendiera los problemas específicos que tenían. En 1305 se funda “la Cofradía de caballeros mercaderes de Santa María la Real de Gamonal” en Burgos, que un siglo después sería conocida como “La cofradía de mercaderes” Esta cofradía tenía su sede en la Catedral de Burgos donde de un modo democrático y bajo el antiguo derecho romano elegían a un prior, varios cónsules y diputados a los que daban poder para firmar cartas de pago, contratar fletes, fijar importes de las averías, (producto deteriorado o estropeado, o perdido), firmar capitulaciones y pactos con villas y concejos vizcaínos y guipuzcoanos, pagar alcabalas o pleitear contra arrendadores de rentas, (los antiguos recaudadores de impuestos).

Esa prestigiosa cofradía se dotó de un enorme poder e influencia en la corte real y fue cambiando su denominación hasta empezar el siglo XV llamándose Universidad de Mercaderes de Burgos y terminar el siglo como el Consulado de Mercaderes de Burgos en tiempos de los Reyes Católicos. Como el principal destino de las lanas era Brujas y en general Flandes, lugares de reconocida industria textil, el Consulado abrió casas en Brujas y luego en Amberes con idéntica denominación a su sede central en Burgos. El llamado Consulado de Mercaderes de Brujas se instauró en 1428 donde residían los cónsules enviados desde Burgos y dirimían negocios y conflictos entre ellos.

Brujas, ciudad abierta al comercio europeo, no solo contaba con esa representación oficial de los comerciantes castellanos; en un momento determinado también existió el consulado vizcaíno, aragonés, navarro y catalán... Como vemos, ya entonces no éramos capaces de unir esfuerzos en nada común... Esos consulados, como curiosidad, antes de la unificación de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra, se denominaban “La nación española” y así está registrado en multitud de documentos registrales y mercantiles.

Creo que después de lo hasta ahora referido, queda bastante justificada la denominación del Oro blanco, porque la lana fue sin duda el producto estrella en el desarrollo comercial de aquella Castilla medieval hasta bien entrado el siglo XVII, un producto que en forma de saca compraban a 2.700 maravedíes al ganadero, le sumaban unos costes de unos 1.800 maravedíes más, y lo dejaban en los puertos flamencos a un precio de venta de 27.000.

Y esa aseveración justifica poder adentrarnos en el segundo eje de mi disertación, que titulé: “...de los reiterados intentos franceses por hacerse con nuestra oveja merina...”

Gracias a una legislación rigurosa, las llamadas “leyes de la saca” los diferentes reyes castellanos, desde la más temprana Edad Media prohibieron la salida de ejemplares merinos al extranjero para evitar su multiplicación. Y

así se mantuvo, en defensa de nuestro primer producto de exportación, hasta el siglo XIX, momento en el que los demás países europeos dispusieron de suficientes rebaños de oveja merina para poder producir su propia lana. Pero de entre ellos, fue sin duda Francia, la que desde mucho tiempo antes participó activamente en la “salida de merinos” de nuestras fronteras.

Los primeros intentos serios para hacerse con merinos españoles se refieren al siglo XVII, en época del rey Luis XIV y de su astuto supervisor general de finanzas Jean Baptiste Colbert.

Francia por entonces había desarrollado una poderosa industria textil con la vocación de fabricar y vender en el resto de Europa solo tejidos de alta calidad. Pero lógicamente para conseguir ese objetivo necesitaban la mejor lana, lana que ellos no podían obtener a partir de sus razas ovinas, y que por tanto debían importar de su vecino del sur. Su mayor competencia, la industria textil inglesa, sí disponía de un vellón de calidad que le permitía evitar la merina española, a partir de razas como la Lincoln Longwool y otras de larga y suave lana. Colbert, para evitar la dependencia de un solo proveedor en sus manufactureros, animó a los ganaderos franceses a mejorar sus cabañas a través del contrabando de pequeños rebaños españoles, y así lo hicieron, pero sin obtener demasiado éxito...

Tendremos que pasar de siglo y meternos en la mitad del XVIII cuando gracias a los “pactos de familia” entre los Borbones franceses y españoles se empezaron a mover rebaños desde España a Francia, aunque todavía en muy pequeña medida. Un ejemplo de ello se produjo en 1763 cuando el intendente de las regiones de Gascoña y Bearn, Antoine Mégret d’Étigny, bajo la dirección de la administración francesa, introduce un rebaño de merino puro, 80 ovejas y 39 carneros en su demarcación, que a su vez fue distribuido entre distintos ganaderos por las comarcas de Limousin y Berry con objeto de mejorar las razas locales. Se sabe que entre los diez productores que se hicieron con animales de ese rebaño, solo uno, el marqués de Barbançois en Berry consiguió una notable

mejora de sus animales gracias a tres carneros merinos con los que obtuvo una lana que vendió con gran ganancia.

Este ensayo, aunque pequeño, fue más importante de lo que podemos imaginar, y lo fue por dos razones: La primera al constatar que los merinos españoles se podían adaptar al clima y al campo francés, desmintiendo así la extendida creencia de que cuando un merino atravesaba los pirineos, su lana empeoraba notablemente de calidad. Aunque parezca extraño, es así como se pensaba por entonces.

Y como segunda razón, tenemos que entender los miedos que empezaron a tener los gobernantes franceses al ver el fuerte crecimiento de la industria manufacturera textil española a mediados del siglo XVIII, que podía acaparar toda la lana que España producía, dejando desabastecida a la suya.

Es precisamente entonces cuando Francia se plantea que debe mejorar de una vez por todas su cabaña. Para ello, sus agrónomos proponen dos sistemas: cruzar sus razas con reproductores de merino puros y seleccionar de su descendencia los mejores productos. O como segunda vía, importar rebaños enteros y reproducirlos entre ellos. Si bien el primer sistema tenía el inconveniente de tener que esperar un tiempo a obtener resultados, y no seguros, el segundo se enfrentaba a un alto coste, a la dificultad de conseguir rebaños puros, y al miedo de una posible consanguinidad.

Comienzan así los primeros experimentos serios en manos de expertos como Daubenton en Borgoña en 1766 con objeto de determinar qué sistema era más eficaz para la mejora de sus razas indígenas, resolviendo que debían hacerlo con la intervención de carneros merinos de calidad, españoles, o en su falta del Rosellón donde existía una raza ovina bastante próxima a la merina. En 1776 Turgot, el controlador general de las finanzas francesas, lo que hoy conoceríamos como ministro de Economía, consiguió de Floridablanca un rebaño de 200 animales que repartió entre varias ganaderías; algunos de

aquellos animales llegaron a manos de Daubenton en Borgoña, y otros en las del marqués de Barbançois, al que antes he mencionado; en concreto cuarenta ovejas y seis carneros para su rebaño de Berry. El susodicho marqués no rebajó esfuerzos en completar su proyecto de cruzamiento y mejora, tanto es así que en 1786, diez años después, presentaba en una feria de Berry 3.500 cabezas de merinos puros y cruzados. Daubeton, por su lado, empieza a proveer a una manufactura de tejidos en Châteaurox, también en Berry, con 404 kilos de lana procedente de las ovejas cruzadas. El ensayo tuvo éxito y el fabricante se comprometió a pagar esa nueva lana al precio más alto de las que traía de España.

Sin embargo, y a pesar de los éxitos conseguidos por esos dos emprendedores, el grueso de los ganaderos franceses optan por recurrir a la genética inglesa para la mejora de sus rebaños. Lo hacen así por la gran influencia de la agronomía inglesa en el campo francés por entonces, y a que el viaje a través del canal de la Mancha era menos perjudicial para los rebaños que el fatigoso tránsito a través de los pirineos. Aunque Inglaterra también tenía vedada la salida de ejemplares ovinos de sus dominios, el contrabando con la isla era más sencillo.

Así estaban las cosas a finales del siglo XVIII. Conseguir carneros merinos u ovejas desde España era una empresa compleja, dada la firme actitud de la administración española. Como ejemplo de ello, hay un caso en la misma región de Berry, el del vizconde Jean Marie Hertault de Lamerville, un enamorado de la raza merina que consigue comprar tan solo doce ejemplares, seis ovejas y seis carneros, en Sevilla en 1786. Pero para sacarlos de España tuvo que embarcar seis animales en una nao dirección Le Havre, y los otros seis, disimulados en un falucho desde Cádiz, con destino Sète en el Languedoc.

Será en tiempos de otro rey francés, de Luis XVI, cuando se ponga un decidido empeño en la tarea de introducir definitivamente merinos en la estructura productiva de Francia. Y lo hará creando la "*Bergerie Royale de Rambouillet*"; un criadero experimental ubicado dentro de las 450 hectáreas

que circundan el castillo de Rambouillet, de propiedad real. Allí, el abad Tessier, como director del proyecto y reconocido agrónomo, propone poblar el criadero con los mejores merinos españoles posibles.

Para acometer la nueva empresa, Luis XVI le pide a su primo Carlos III la autorización para comprarlos. Aunque nuestro rey estuvo reticente en un principio, las excelentes relaciones que existían por entonces entre ambos países, y la feliz coincidencia de la recuperación de la Florida americana, anteriormente en manos francesas, obró milagros y Carlos III accedió a ello. Y así, el gobierno francés obtuvo un rebaño de 334 ovejas y 42 carneros; el rebaño de mayor tamaño conseguido hasta entonces, pero sobre todo de una reconocida calidad. De hecho, el hatajo se constituyó a partir de las diez mejores ganaderías que existían por entonces en España.

Desde Francia, el encargo de la recogida y movimiento del rebaño hasta Rambouillet recayó en un ilustre colega francés, de nombre François Hilaire Gilbert, cuya aventura ha sido estudiada y profundamente tratada por varios académicos e historiadores españoles, y me refiero al ilustre don Carlos Luis de Cuenca, (se puede leer una deliciosa crónica sobre esta empresa en el diario ABC de fecha 13 de mayo de 1959), y más recientemente por los historiadores José Manuel Etxaniz y José Miguel Gil Sanz, en el congreso de Historia de la Veterinaria celebrada en Santander en 2012.

Como del asunto ya se ha publicado casi todo, tan solo deseo exponer la importancia de la presencia y labor del veterinario francés Gilbert, por entonces director adjunto de la Escuela Veterinaria de Alfort. Una vez reunido el prestigioso rebaño en Segovia, el hato partió desde Villacastín el día 15 de junio de 1786 dirigido por un mayoral segoviano, Andrés Gil Hernanz con el que Gilbert trabó una gran amistad, y cuatro pastores más. Con extremo cuidado el rebaño pasa el invierno en las Landas, donde a pesar de ello se les mueren 17 ovejas, y a la llegada a Rambouillet perecen también 35 ovejas y 60 corderos por causa de una viruela ovina.

Los cuatro pastores y el mayoral se quedaron en Rambouillet durante seis meses más para transmitir sus conocimientos a los pastores franceses. Y el rebaño se mantiene así, en pureza, hasta tiempos de la Revolución, sirviéndose de las mejores crías para repartir la genética por algunos ganaderos franceses interesados en mejorar sus ganancias.

En 1789 estalla la revolución francesa y gracias a Tessier la ganadería de Rambouillet escapa a la venta de los bienes nacionales ligados a la corona real, pero padecerá su fragmentación y dispersión, hasta que en 1794 sea reconocida su buena funcionalidad por el comité de salud revolucionario. En los años del “Terror”, debido a la guerra con España y al bloqueo comercial con Inglaterra, Francia ve mermada la entrada de lana en su país, lo que significa una mayor necesidad de producirla localmente y un empujón al proyecto de Rambouillet. Sin embargo la falta de fondos por los empeños bélicos a los que el país se enfrenta, lleva a no resolver adecuadamente la multiplicación a escala de la cría de merino en Francia.

La paz de Basilea entre España y Francia, en 1795, después de la entrada y conquista del País Vasco y una gran parte de Cataluña, devolvió el interés de nuestro país vecino a la cría de ganado merino propio, y de hecho en este famoso tratado de paz, los franceses colaron una cláusula secreta que autorizaba a Francia a comprar durante cinco años 1.000 ovejas y 100 carneros por año, así como caballos y yeguas de raza española. Acuerdo que se firmó por parte del Carlos IV y que refleja la importancia estratégica que representaba para Francia la posesión de nuestras preciadas ovejas merinas.

Fue de nuevo nuestro colega Gilbert el encargado de reunir ese enorme rebaño tres años después de Basilea, en 1799. Su plan consistió en congregarse 4.000 ovejas y 1.000 carneros de la mejor calidad a lo largo de toda España. Con ayuda del mayoral segoviano que ya conocía compró 700 animales desde enero a mayo de ese año, pero Gilbert se encuentra con nuevos problemas a los que tuvo en su viaje anterior. Francia ya no es un país amigo, acabamos de salir

de una guerra, y el país es visto por los españoles como una nación regicida y enemiga de la Iglesia.

Los ganaderos a los que visita Gilbert le demuestran una fuerte hostilidad y le presentan animales de mediocre calidad. Gilbert los envía a Extremadura ese invierno, pero la mitad se le muere y los supervivientes, invadidos de sarna, serán desechados por Gilbert para no introducir en su país animales contaminados. Por lo que a principios de 1800 no se ha hecho prácticamente nada.

Gilbert se enfrenta además a un segundo problema que son las deterioradas finanzas francesas y la falta de dinero para seguir comprando ovejas en España. Tiene que llegar Napoleón, en un principio como primer cónsul de la Revolución, para que vea apoyada su gestión y que recibiera suficientes recursos económicos. Con ese nuevo alivio, Gilbert y su amigo y mayoral Andrés Gil Hernanz se ponen a buscar nuevas ovejas por Galicia, León, Castilla, Andalucía y Extremadura, reuniendo unos cuantos centenares. Se sabe que Gilbert contactó con el duque del Infantado, propietario de uno de los mejores rebaños de merino en España. Este dato será importante para entender el relato final novelado que cerrará el tercer eje de mi presentación.

Gilbert sin embargo no verá completada su misión dado que por obra de unas fiebres de malta morirá en las inmediaciones de la Granja de San Ildefonso en septiembre de 1800, en casa de su amigo el mayoral. Sin embargo Gilbert había conseguido antes de su muerte reunir un rebaño de 1.030 merinos que llega a Perpiñán en noviembre de 1800, aunque allí se les murieron la mitad debido a la viruela. Los animales supervivientes serán divididos en dos; la mitad se quedará en el mismo Perpiñán, donde se había levantado un segundo centro de explotación nacional para el merino español, y la otra mitad llegará a Rambouillet. Allí se comprobará que su calidad es muy inferior a la que había llegado en 1786.

Un nuevo fracaso para las aspiraciones francesas debido a la intencionada mala fe de los grandes ganaderos españoles.

Con Napoleón en el poder, Francia disponía de 6.000 animales de pura raza y otros más mestizos repartidos en 25 departamentos, y si bien la existencia de merinos queda asegurada, la cantidad es muy insuficiente para las necesidades de sus manufacturas textiles.

Por ello, Napoleón organiza una sociedad con 34 accionistas para financiar una nueva compra en España, todavía bajo el amparo temporal que les había dado la firma del tratado de Basilea. Con la ayuda del mayoral segoviano, consiguen hacerse con un rebaño de 1.233 merinos que divididos en dos rutas recorren Francia, donde van siendo comprados por ganaderos interesados, de tal manera que 600 animales llegan a ser vendidos en 20 departamentos distintos. La venta resulta muy exitosa, cuando los animales habían sido comprados por 70 francos en España, en Francia fueron vendidos por 120 la oveja y 180 los carneros.

A esa compra le siguen dos más por cantidad de 1.176 y otros 1.000 animales, en los dos siguientes años. Cerrado el periodo de compra estipulado por el tratado de Basilea, las salidas de ovejas desde España continúan, aunque en menor medida.

Carlos IV, asustado del efecto de aquellos contrabandos y ventas, decide en 1806 prohibir la salida de más rebaños españoles y castigar severamente esas exportaciones.

Pero llega 1807, y con ello la invasión francesa de España, inicialmente bendecida por Carlos IV por considerarla de paso hacia Portugal. Entre los militares franceses que recorren España en ese año hay un oficial que conoce bien nuestro país de nombre Poyferé que lleva una misión muy concreta mandada por el mismo Napoleón. Durante los primeros meses se dedica

a estudiar las operaciones de lavado de lana, los planos de los lavaderos, la organización de la trashumancia y la ubicación de las mejores ganaderías en España. Vamos un espionaje industrial en toda línea. Después de lo que puede averiguar, Poyferé propone al gobierno francés sacar 15.000 ovejas y 1.000 carneros de golpe que él mismo escogería. Pero Napoleón frena esa extracción masiva para no molestar a una nación, la española, en ese momento todavía aliada de Francia, y bastante engañada. El militar recibe la orden de comprar solo 600. Sin embargo las cosas de la monarquía y el poder en España cambian de golpe por entonces, con la imposición del rey Fernando VII por parte de Francia. Hasta ese momento Poyferé, que ya había reunido aquel rebaño de 600, no había conseguido la aprobación del gobierno español para su saca. Pero con el nuevo rey todo se hace más fácil y los planes del inicial rebaño aumentan en cantidad hasta convertirse en 4.000 ovejas, las que Poyferé se propone extraer de nuestra tierra.

Los españoles empezamos por fin a rebelarnos de la presencia francesa, y con ellos los ganaderos y pastores, dificultando el movimiento de las ovejas por la geografía nacional en un acto verdaderamente patriótico. Poyferé se ve obligado así a no disponer de la ayuda española y pide protección armada al paso de sus ovejas hacia Francia.

Durante la guerra de la independencia, se producen numerosas salidas de pequeños rebaños por la frontera. En 1809 se calcula que lo hicieron 7.000.

Como hemos visto, de una manera forzada o voluntaria, miles de ovejas ven los pirineos de camino a Francia. Pero en la mente de Napoleón los planes por hacerse con esa riqueza española fueron mucho más ambiciosos. Tanto como que planificó la confiscación de 100.000 ovejas al año durante siete años. Sin embargo sus deseos no terminaron de cuajar, y se debió a varias razones; la primera, porque las grandes ganaderías a causa de la guerra habían mermado su tamaño hasta en un 60%. Pero sobre todo, porque la revuelta española y la oposición de los hombres del campo así lo impidieron.

En ese sentido se sabe que eran los propios pastores los que renunciaban a su transporte, escondían los rebaños o castraban a los moruecos para evitar que fueran usados en Francia.

Y en ese ambiente, con todo en contra, se produjo un hecho insólito que me he animado a novelar, y que todos ustedes podrán leer cuando la Academia edite esta conferencia... Como dije al principio, algo les quiero adelantar, pero poco.

Mi relato tiene que ver con una orden que dio Napoleón para robar 14.463 ovejas de uno de los mejores rebaños de merino que tenía España, el que poseía el duque del Infantado; unas merinas que sin duda eran las de mejor calidad genética por entonces. Las ovejas, bajo protección armada francesa, salieron de Madrid en mayo de 1811, pero el 13 de junio en las inmediaciones de la Granja de San Ildefonso en Segovia sucedió algo con ese rebaño que desbarató los planes napoleónicos... Un suceso que protagonizaron los propios pastores españoles y unos “rebeldes” ante las propias narices de los soldados franceses... Y hasta ahí puedo leer...

De cualquier manera, y para resumir lo que por entonces se hizo para evitar que nuestros vecinos del norte secuestraran la mayor fuente de riqueza que Castilla poseía, sirva de ejemplo un informe que llegó al ministro del interior francés sobre lo que sucedía en España contra su misión de expolio.

“Las razas leonesas que abastecían a todo el antiguo continente, están en este momento dispersas y casi destruidas. Para no caer en manos de los franceses, el rebaño de la Mesta ya no sigue la marcha acostumbrada (...) Y los rebaños se esconden en los lugares más recónditos”

Muchas gracias por su atención, espero no haberles aburrido y termino expresando mi satisfacción y orgullo por el título que esta noble y docta Academia acaba de concederme.

Gracias...

14.463

MERINOS

**LA HISTORIA DE UN CODICIADO REBAÑO DE OVEJAS,
NAPOLEÓN, Y LAS CORTES DE CÁDIZ**

Oratorio de San Felipe Neri, Cádiz en 1811

Aquel diputado en Cortes se abalanzó de forma exagerada sobre el circunspecto visitante con objeto de obtener pronto las noticias que éste traía desde Guadalajara. Se agarró a su casaca, casi histérico, ante la atónita expresión del recién llegado. Le clavó la mirada, y preguntó a voz en grito.

— ¿Tenéis alguna prueba de que ha sido el mismísimo Napoleón quien ha ordenado robar esas catorce mil ovejas?

El hombre, al que todos llamaban Lázaro, era uno de los muchos pastores que trabajaban para el duque del Infantado. Pero, por estar éste entre los que más luces tenía de la cuadrilla, su patrón, representante vivo de una de las casas nobiliarias de mayor raigambre en España, le había encargado viajar a Cádiz para informar a los diputados y en especial a uno de ellos, al noble caballero de la orden de Calatrava y buen amigo del duque; Alonso María Tomás y Guerra. El harapiento pastor había aparecido con una mula y dos grandes canes atados con una cuerda de vasta factura.

— No haré ni una semana entraron los franceses en los dominios de mi señor con órdenes directas de su Emperador. Le acusaron de conspirar en el Escorial contra el Rey, y como castigo le han expropiado todas sus tierras y bienes. A nosotros nos obligaron a unificar en un solo rebaño las mejores ovejas y carneros que posee mi señor para llevárselas a Francia. Con el fin de combatir tal desgracia, y a tiempo todavía de evitarla, el duque me mandó aquí para solicitaros apoyo y las medidas oportunas para que esos franceses no atraviesen la frontera con sus ovejas. Disponen ustedes de poco más de dos semanas antes de que lo consigan...

— ¡Malditos sean los Bonaparte...!

Tomás y Guerra, diputado por Cádiz y brigadier de Marina, explotó con aquel desprecio al francés y se dio a conocer ante el pastor Lázaro después de saber que había preguntado específicamente por él. Dada la importancia de lo

que estaba contando, el diputado gaditano hizo señas a otros dos colegas para que se acercaran a escuchar.

Uno de ellos, el más anciano, desconfió del pastor y se dirigió a él.

— Y vos, ¿cómo habéis conseguido llegar sano y salvo hasta nosotros?—. Al decano de los diputados le resultaba sospechoso que aquel gañán, a todas luces un lerdo, hubiera cruzado media España sin haberse topado con más de un batallón francés y haber salido ileso— ¿Por qué no hemos de pensar que sois un espía de los invasores, en vez de un pastor?

Lázaro lo miró de arriba abajo, airado, incrédulo, y agotado después del penoso viaje que había emprendido, pero hizo lo imposible por frenarse y no insultarlo. Señaló a los dos perros como una prueba de su condición de pastor. El anciano se percató de ello.

— No creáis que la presencia de estos apestosos chuchos os confiere una mayor credibilidad...

Los enormes mastines batieron sus colas con un gesto amigable al recibir las miradas de los presentes. Sin perderlos de vista el pastor apretó los puños iracundo, preguntó cómo se llamaba quien se había atrevido a ponerle en tela de juicio, y dio dos pasos en su dirección con idea de aplastarle la nariz de un puñetazo. No había hecho tan largo viaje para ser humillado de ese modo, le daba igual que se tratase de un anciano o del mismo rey.

Pero otro de los presentes le paró los pies e intervino.

— Os habla el diputado Andrés Morales de los Ríos, caballero maestrante de Ronda—su mirada era altiva—. En estos tiempos que corren se ve de todo por nuestras heridas tierras, no os molestéis con nuestras suspicacias. Necesitamos más evidencias de quien sois. ¿Cómo podéis garantizar que lo que decís no es más que una farsa para hacernos caer en una trampa?

Antes de que Lázaro hablara, el diputado Tomás y Guerra mostró a los congregados una carta que le acababa de dar Lázaro con el lacre del Infantado. Su lectura eliminó cualquier resto de suspicacia y ayudó a dirigir la conversación hacia las propuestas que traía de parte del noble, dada la gravedad del robo. No hacía falta explicar las severas consecuencias que el asunto arrastraba. La afectación al patrimonio del duque del Infantado era para ellos un problema secundario en relación a otro mayor; al peligro de perder la supremacía europea en la producción de lana de calidad. Los planes de Francia estaban claros; querían ser los principales proveedores de lana de sus propios manufactureros y como carecían de buena materia prima nacional, estaban dispuestos a todo para conseguirla. Llevaban décadas tratando de reproducir merinos que de un modo u otro habían podido trasladar desde España a Rambouillet, donde se centraban los esfuerzos para mejorar la eficiencia de sus razas. Pero tras largos y costosos intentos de compra, contrabando y coacciones, ¿qué mejor manera de conseguirlo que robar uno de los más prestigiosos rebaños en pureza que existían en España, como era el que poseía el duque del Infantado?

— No me habéis respondido todavía...—insistió el anciano.

El pastor le miró con una expresión contenida y finalmente le contestó.

— Llegué hasta Cádiz gracias a engaños, señores míos... Pueden pensar lo que quieran, pero en mi humilde opinión no es tan difícil engañar a los franceses. Me dieron el alto más de seis veces, pero a todos dije lo mismo; que llevaba encargo de localizar a uno de sus capitanes, a un tal Bernier Sodimat, para darle estos dos perros...—Les acarició la cabeza, y al devolver la mirada a su público descubrió un gesto colectivo de perplejidad. Era evidente que no habían entendido nada. Lázaro creyó que había llegado el momento de explicarse mejor—. Ustedes sólo saben de papeles y leyes, y desconocen que esta raza de perros es muy apreciada en Las Landas, donde los franceses hacen pacer muchas de sus ovejas. Saben que no hay mejores canes para defenderlas del lobo. Por eso, a ningún soldado le extrañó que fuera con ellos y

buscase a uno de sus oficiales, para entregárselos. En estos años se han llevado muchísimos mastines para allá...

— Habéis citado al capitán Sodimat si no recuerdo mal su nombre... Pero, ¿de qué le conocéis?—Quien preguntaba era el canónigo de la ciudad de Sigüenza y representante de Guadalajara.

El diputado Tomás y Guerra esperó a que Lázaro respondiera con verdadera curiosidad. Estaba percatándose de que a pesar de la baja clase social, aquel pastor estaba demostrando tener una destacable habilidad en la conversación y desde luego una buena dosis de picardía. Abrió una cajita de rapé, y se llevó a la nariz un buen pellizco. Estornudó sin recato, lo que no pareció molestar a los presentes.

— Me lo inventé...—respondió con rotundidad el pastor, quien guardó un minuto de silencio. Al ver el efecto que provocaba en los ilustres empezó a disfrutar.

Sin ser nadie, mantenía absortos a tres diputados en Cortes con sus explicaciones. Cuando se lo contara a sus compadres no le iban a creer, pensó.

— Explicaos, por Dios...—el de Sigüenza no estaba para perder el día, y además aquel patán le estaba cargando.

Lázaro contestó.

— Pensé que como nadie podría darme razón de ese capitán, al habérmelo inventado, me permitirían seguir y así conseguiría alcanzar el siguiente control... Con esa artimaña, con mis perros, y sin un arma, he podido superar cuatro destacamentos franceses hasta llegar a vuestra ciudad.

Estaba terminando de hablar cuando le alcanzó de lleno otro estornudo de su anfitrión. Consecuencia de ello, su ánimo se encendió después de tan absurda diatriba y no consiguió contenerse.

— Maldita sea... podíais ser más cuidadoso con vuestros esputos... Mucho noble, y mucha educación... pero no sé para que os ha valido...

Los presentes explotaron en una carcajada al ver el apuro de Tomás y Guerra, quien se disculpó limpiándole la zamarra con su pañuelo perfumado.

A un hombre recio como Lázaro, con unos callos en las manos que parecían la corteza de un alcornoque, y curtido como estaba en sacrificios y penurias, aquellos personajes eran lo más alejado al concepto de hombre que tenía. Le parecían afeminados. Y además, no entendía ni sus frases rimbombantes ni las cultas palabras que usaban. Él había nacido en Zamarramala, un pequeño pueblo vecino a Segovia, que había tomado fama por dos grandes hechos; la presencia en su iglesia de un importante "lignum crucis", reliquia muy venerada en toda Castilla, y la original y valerosa actuación de sus mujeres en la liberación del Alcazar a los moros, casi seis siglos atrás.

Lejos de aquellas hazañas, él era un humilde hijo de pastores, nieto y bisnieto de pastores, y había estado toda su vida entre ovejas. Desde su niñez apenas había conocido otra cosa que trabajar. Sin haber pisado una escuela, ni haberse dedicado a estudio alguno, sólo sabía de ahijamientos, de esquilar, de buscar los mejores pastos en contraestación, o de ayudarlas a parir cuando el cordero venía torcido. Lázaro nada entendía de leyes, soberanías ni tratados, tampoco de reparto de poderes, ni de normas. Pero sí sabía cuando iba a llover, casi siempre acertaba cuál era el mejor momento para la sementera, y había aprendido en sus carnes el sabor de la miseria y el sacrificio.

El de Ronda, convencido de la nobleza del pastor tomó una decisión y habló.

— Entrad con nosotros en este oratorio, a nuestra sala de juntas. Después de lo escuchado ha llegado el momento de tomar una decisión. Así podréis oír lo que hablemos...

Lázaro entró en la elegante Iglesia, sin columnas, donde halló un numeroso grupo de hombres provistos de chistera, casaca y pantalón largo, la mayoría clérigos, conversaban en grupos. Aquellos hombres llevaban dos años reuniéndose, primero en la isla de León y luego allí. Había quien les llamaba los padres de la patria por estar elaborando la carta magna, una constitución que iba a proponer la revolucionaria idea de que todos los españoles eran iguales ante la ley sin depender de la potestad de ninguna familia real.

En cuanto entró, algunos le miraron con abierto rechazo. Ni su aspecto, ni el olor que desprendía eran propios para un lugar como aquel. Le indicaron que se sentara en una fila de bancos algo apartada de los doctos hombres. Mientras, Tomás y Guerra aprovechó para explicar el motivo de su presencia.

Después de escuchar su alegato, el primero que tomó la palabra fue un tal Agustín de Arguelles, diputado por Asturias.

— El diputado Tomás y Guerra propone que discutamos fuera de sesión qué hemos de hacer para evitar que el intruso francés, bajo órdenes del mismo Napoleón, saque de nuestras tierras nada menos que catorce mil ovejas y carneros de raza merina para hacerlas criar en su país y obtener mejores lanas que las que ahora tienen y así quebrar una de nuestras mayores fuentes de riqueza.

— No entiendo el problema—intervino un representante de Extremadura—. Hemos oído decir que nuestra oveja merina, fuera de España, quizá por la diferencia de los climas, de los pastos o de la propia tierra, no produce la misma calidad de lana. Años atrás ya lo intentaron con otros rebaños en Francia, o en Flandes, sin respetar las prohibiciones establecidas para su

saca siglos atrás, pero nunca lo han logrado. Los grandes negocios textiles europeos siguen comprando lana española, y además pagan muy bien por ella. Dejemos que se lleven esas ovejas... nada conseguirán de ellas...

La buena oratoria del extremeño solía provocar la adhesión de una buena parte de los diputados. Sus análisis eran siempre afinados, y su pensamiento brillante. Muchos de los presentes apoyaron de inmediato su punto de vista.

Tomas y Guerra pidió la palabra para profundizar en el tema.

— En efecto, han sido muchas las iniciativas francesas para sacar sin permiso ovejas y carneros merinos de nuestro país. También es conocido su proverbial orgullo, y eso me hace pensar que no se resistirán en su empeño hasta ver sus fábricas y mejores modistos comprando lana francesa. En efecto, como bien decís, no han tenido demasiados éxitos con las cortas importaciones en el pasado, pero hemos sabido por nuestros espías que ahora han elaborado otra estrategia, y ésta vez mucho más ambiciosa. Una estrategia que parte del propio Napoleón, quien ha ordenado disponer a lo largo y ancho de Francia quinientos depósitos de carneros merinos para extender la raza de una vez por todas entre los rebaños franceses y controlar la calidad de los cruces. Y que en su loco propósito pretende nutrir esos depósitos y Granjas Imperiales con nuevos carneros, después de haberlo intentado varias décadas atrás por gentileza de nuestro anterior monarca Carlos IV. Pero en este momento necesitan más y mejores animales que los de antaño. Esos son los que ahora tratan de llevarse; y por eso han decidido robárselos al duque del Infantado. Los rumores apuntan a que Napoleón lleva presupuestado para esta acción cerca de veinte millones de francos; una cifra casi comparable al presupuesto de nuestra Regencia—bebió un sorbo de agua y carraspeó para aclararse la garganta y seguir con su argumento—. También hemos averiguado, que cada uno de esos depósitos ha sido diseñado para albergar hasta dos centenares de carneros.

Realizó un sencillo cálculo para concluir que la necesidad que iban a tener los franceses no sería inferior a diez mil carneros de pura raza. Con ellos, cubrirían al año a un millón de ovejas.

— Señores, estamos hablando de una cantidad enorme. Si lo consiguen, en sólo siete años conseguirán más ovejas con sangre merina que las que tenemos nosotros.

Un murmullo de preocupación recorrió a los presentes.

— ¡Los franceses no sabrán nunca hacer lana de calidad!—gritó uno desde las filas liberales.

— ¡Roban nuestros caballos y nuestros carneros porque saben que son superiores a los suyos! Conseguirán hacerlo, ya lo veréis...—le rebatió otro.

— ¡Mandemos a nuestras tropas de élite para evitar ese nuevo expolio!— un aragonés de recia planta se levantó de su asiento y buscó adeptos a su propuesta mirando cara a cara a todos los presentes.

Su propuesta era vehemente pero a la vez imposible.

Las tropas leales a la Regencia se hallaban enfrentadas a las del usurpador José Bonaparte, y era casi imposible imaginar cómo hacerlas llegar hasta la sierra de Guadarrama, que según el pastor era el lugar donde iban a permanecer unas semanas hasta su salida definitiva hacia Francia.

— Podríamos mandar correos a las juntas de Aragón y Navarra para que hagan desde allí un frente común contra quienes pretendan atravesar la frontera con ese ganado. No pueden pasar desapercibidos...—propuso un anciano clérigo con voz ronca.

— No, lo que deberíamos hacer es negociar con los ingleses para que nos ayuden a detener la expedición...—se levantó un mallorquín quien solía tener buenos tratos con algunos de los más influyentes lores británicos.

— ¡Eso es absurdo...!—protestó otro desde una esquina, con barba y bigote pelirrojo—. No les despistemos de sus actuales campañas que tanto nos benefician contra Napoleón, y creo que convendría recordar que son los ingleses quienes también se están llevando ovejas y carneros merinos a sus tierras sin pedirnos permiso, aprovechando que andan por España...

— Pues yo creo que sería positivo pedir ayuda a Londres...—replicó su vecino de silla.

En menos de un minuto estaban todos levantados de sus asientos rebatiendo una u otra propuesta, arengando nuevas o apoyando con encendida pasión unas y otras. La algarabía fue incrementando hasta hacerse ininteligible, pero no se detuvo, ni con los avisos de su presidente que martilleaba con furia su mesa para parar la discusión.

El de la Mastranza de Ronda tomó la palabra, dispuesto a darle al asunto un enfoque completamente diferente.

— ¡Escuchadme!—golpeó con las manos en su mesa hasta que consiguió silenciar al auditorio—. Estamos elaborando una Constitución nueva, y como bien sabéis en ella se recogerá la abolición de los antiguos privilegios, entre ellos los que hasta ahora tiene la Mesta. Una institución que ha violado los justos derechos individuales que un propietario debería tener para hacer lo que le plazca con sus terrenos, no como ahora que es la asociación trashumante la que dispone de ellos a su gusto y medida, estén o no próximos a las cañadas, y además sin reclamación posible—guardó un breve silencio—. Lo pongo como ejemplo, pues me sirve para recordar a sus señorías el espíritu de profunda reforma que inspira nuestro quehacer. Si perseguimos implantar en esta nación

nuevos aires de igualdad, si pretendemos extender las oportunidades a todos los ciudadanos, ganar libertades aún desconocidas, ¿no seremos capaces de superar ese trato diferenciado que por causa de rango o clase social nos ha condicionado tanto desde hace siglos? ¿No podemos combatirlo?

Un rumor recorrió la bancada dándole la razón, lejos todavía de entender cuál era el destino de su discurso.

— Pues en coherencia con lo que acabo de exponeros, propongo, que estas Cortes soberanas desatiendan la solicitud del duque del Infantado— proclamó a voz en grito— ¿Su figura no representa uno de los mayores lastres que hemos arrastrado desde el Antiguo Régimen, y que estamos precisamente tratando de superar con nuestra determinación de cambiar la nación? ¿Acaso hemos de creer que no tiene los recursos suficientes para defenderse por sus propios medios, sin disponer de nuestra ayuda?—recorrió con su mirada a los presentes, manteniendo un silencio cargado de tensión— ¿Ha de invertir tiempo y dineros la Regencia, o esta Casa de Juntas, para proteger los privilegios de una clase social que es responsable de nuestro atraso como nación, problemas y desigualdades...? Pues al menos yo, Andrés Morales de los Ríos, contesto que no.

El revuelo entre las filas del bando tradicional o servil, como se les conocía, fue apagado de inmediato por la cerrada ovación desde los bancos liberales.

— Podéis tener razón—sostuvo el diputado por Córdoba don Francisco Solano Ruiz Lorenzo, oficial de la Secretaría de Estado—, pero según nuestras cuentas, los ingresos que esta nación obtiene por la venta de lana es la entrada más importante de moneda extranjera, y una buen parte de nuestra actual riqueza. No desdeñemos el empeño francés por hacerse con nuestros merinos. Recordemos que desde tiempos de Luis XVI ya se consideraba la manufactura de tejidos como un asunto de Estado en Francia. Y todos hemos sabido que

Napoleón aprovechó su primera entrada en España para orquestar evasiones de ovejas y carneros en partidas de seis mil, ocho mil, o las que pudo; un despropósito que por entonces no fuimos capaces de frenar. Siempre ha ido con el mismo empeño; desplazar nuestra ventaja en Europa. Si ahora pretende llevarse esos catorce mil animales, quizá los mejores que tenga España, puede que nuestro futuro se oscurezca de verdad. Mi opinión es que hemos de actuar...

Varios prelados religiosos y abogados dieron su conformidad en voz alta.

— Esto es absurdo...—el diputado Andrés Morales, de Jaén, volvió a la carga—. Estamos reunidos en esta noble capilla para promulgar libertades tan esenciales como la separación de poderes, el derecho a la propiedad privada, a la seguridad personal y jurídica, a la libertad de prensa. Pretendemos traspasar la soberanía del Rey al pueblo, y nos ponemos a discutir por el destino de catorce mil cuatrocientos treinta y tres ovejas?—soltó acompañado de una inmodesta carcajada.

— ¡Catorce mil cuatrocientos sesenta y tres!—le corrigió Tomás y Guerra, quien notaba que su propuesta de actuación se le estaba escapando de las manos por momentos.

— Da igual, unas más o unas menos...—respondió el otro con sorna— ¡Cuál horrible es mi error...he equivocado el número...!—los doceañistas y liberales rieron su salida.

El pastor, atónito por la discusión que para él estaba lejos de tener algún sentido, se sintió urgido a participar. Aun así se lo pensó dos veces, consciente de dónde estaba y avergonzado de su incultura. No entendía el problema que se suscitaba entre aquellos ilustrados, pero le pareció que los derroteros no estaban favoreciendo demasiado su encargo. Llevaba un rato pensando cómo

haría él para solucionar el problema, visto que no iba a conseguir ningún apoyo armado. Se le ocurrió una argucia muy propia de su condición de pastor, y además oportuna al lugar de su nacimiento. Dudó si contarla o no, pero terminó decidiéndose a hablar, a pesar de todo. Podría funcionar o no, pero al menos era algo que se podía llevar a cabo, frente a aquella sucesión de discusiones que no llevaban a nada.

Carraspeó, se abotonó la sucia casaca, peinó su grasienta y rizada cabellera ayudándose con la mano, y un poco de saliva, y se subió los pantalones en un gesto un tanto ordinario.

— ¿Me permitís?

Nadie atendió a sus palabras.

— ¿Puedo hablar?—insistió con un tono más alto...

Tampoco hubo respuesta, solo la de algunos más cercanos que se volvieron extrañados hacia él. Los demás, seguían discutiendo sobre como iban a conseguir frenar el rebaño o si debían actuar.

— ¡Maldita sea... callad de una vez y dejadme opinar!—gritó, ya sin moderación alguna.

Gracias a su vozarrón consiguió silencio, pero también una extendida sensación de perplejidad entre los presentes, y desde luego una gran expectación.

— ¡Dejémosle hablar!—sentenció el decano.

Desde varios bancos protestaron por dejar que aquel palurdo tuviera voz en la sala, pero la mayoría apoyó a que el pastor se explicase.

— No poseo estudios como ustedes...—trató de mantener un cierto tono de serenidad en su voz—, pero sé cómo conseguir que no se lleven a esas ovejas.

Su contundente afirmación levantó un murmullo de incredulidad pero hubo quien decidió que solo era un fanfarrón.

— Y cómo lo haríais, ¿capitanearo un destacamento armado de pastores?—el diputado por Cuenca despertó con su comentario algunas risas.

Lázaro decidió romperle la cara y fue hacia él, harto de sentirse ninguneado y ofendido por su ironía, pero para fortuna del conquense hubo quien le detuvo a tiempo.

El diputado de Cádiz Tomás y Guerra pidió a todos un poco de calma y sobre todo respeto al invitado. Apeló a los principios de libertad de expresión que acababan de ser discutidos semanas antes en aquella misma sala.

— Seguid explicando vuestra propuesta, os lo ruego.

— No capitanearé a pastores...—miro de reajo a quien había estado a punto de ponerle el bigote en la frente—, pero sí a un grupo de bandidos que conozco bien.

Los ojos de los presentes se abrieron de par en par ante el insólito comentario, a lo que siguió un coro de rumores. Pero él no reaccionó y se mantuvo callado, hasta recuperar su silencio e interés. Miró al suelo en un gesto despistado, se tomó unos segundos de demora y continuó.

— ¡Les robaremos las ovejas...!

Al escuchar aquello alguien propuso que el asunto no quedase reflejado en actas. Los derroteros que estaba tomando la discusión no parecían demasiado ortodoxos para dejar prueba escrita de ello. Su propuesta se aprobó por mayoría.

— ¿Lo creéis posible? ¿Estamos todavía a tiempo?—le preguntaron dos de los diputados afines a la tesis de su mentor, Miguel y Torres— ¿Cómo os podríamos ayudar nosotros?

Lázaro contestó.

— Fuera de los que poseen un rango, el grueso de las tropas francesas en realidad no son si no campesinos y ganaderos, hombres sencillos como yo. Y como sé muy bien lo que les gusta y qué les hace perder el oremus, les voy a dar de eso... ¡Así de sencillo!

— No serán libros, ni ciencia...—ironizó una vez más el de Jaén.

El pastor apretó los dientes y se juró darle su merecido una vez se viera fuera del oratorio. Aunque su mirada lo acababa de atravesar supo contestarle con moderación.

— Pues no señoría, no... Tan sólo necesitaré una fiesta; la de Santa Agueda, que por suerte se celebra la semana que viene, un puñado de pastoras, mucho frío, y unas migas. Eso es todo...

Miguel y Torres valoró la reacción que adoptaban sus compañeros de banco ante el cuanto menos curioso plan. Seguramente pensarían lo mismo que él tras aquella asombrosa propuesta que podía ser tachada de absurda, pero también poco arriesgada para los intereses de la Regencia o de las Cortes. Ante el silencio reinante y como ninguno había llegado hasta entonces a mejores soluciones, y además no parecía razonable volver a debatir los argumentos

ya expuestos, decidió que no perderían nada por intentarlo. Y así lo defendió, aquel diputado por Cádiz junto con el de Córdoba, cuando tomaron la palabra para apoyar la idea del pastor.

Rebatieron algún que otro discurso en contra, y tras quince minutos de deliberación consiguieron que quedara aprobada la idea. Las Cortes financiarían con mil reales de plata la compra de vino, otros tres mil para contratar a una veintena de mujeres de vida disoluta, y dos mil más para los bandoleros. Además, proveerían al pastor de un par de buenos caballos para poder volver a Guadalajara dejando allí a su vieja mula.

A pesar de la lógica curiosidad que se suscitó entre los presentes por entender cuál sería la participación de las mujeres y mucho más la de los bandoleros, el pastor se escudó en el beneficio de la discreción y no explicó nada más por razón de conseguir un mejor resultado.

Cuando horas después el pastor Lázaro se despedía del diputado Miguel y Torres, amigo de su patrón, a lomos de un hermoso corcel cartujano, recogió los dineros para su empresa y agradeció los otro mil reales que las Cortes le daban a él como pago por su buena disposición e idea.

— Espero que tengáis suerte, mi querido amigo. —El político acarició el cuello del hermoso caballo rucio— Esta nación necesita de hombres como vos, generosos y dispuestos a arriesgar su suerte por causa de la patria. Nosotros haremos que la nueva España sea más libre, más moderna, pero si algún día lo conseguimos será gracias a que personas como vos luchan por proteger los intereses de todos. Gracias y buena suerte. —Palmeó el ijar del animal para despedirlos y al poco vio cómo jinete y rocín arrancaban su paso hasta dejar atrás las murallas de la ciudad de Cádiz, inexpugnables, sólidas, protectoras del naciente espíritu reformista que iba a alumbrar a la nación española, con el aliento de un Dios en el que todos creían y de un bravo mar atlántico como únicos testigos.

Pasada una semana, en las inmediaciones de la villa de San Ildefonso, en la falda norte de la sierra de Guadarrama, un destacamento de soldados franceses se rascaba con furia sus piernas y tobillos para combatir el ataque de las miles de pulgas que compartían con el magno rebaño de ovejas que tenían encargo de proteger.

Al mando de aquel destacamento de veinticinco hombres estaba un bretón de enorme mostacho, expresión hosca y peor genio; el capitán Favert, quien no hacía otra cosa que mirar al cielo desesperado. Llevaba cuatro días sin parar de llover, y con todos los caminos embarrados mover a más de catorce mil ovejas era una tarea de locos.

Las órdenes que tenía eran meridianamente claras; conseguir que aquella procesión lanuda llegara hasta Saint Jean Pied de Port, atravesando media España, la frontera, y varios macizos montañosos, antes de mediados de julio, desde donde se repartirían por toda Francia. Como el tormentoso tiempo no ayudaba a emprender con ciertas garantías su expedición, Favert creyó prudente esperar su cita con los pirineos hasta que menguaran las aguas. Eso significaba pasar una semana más como poco en aquellos pastos frescos de la cara norte de la sierra castellana. Además había encontrado un acomodo amplio y caliente para sus hombres, en un palacio medio derruido pero con suficiente leña para calentar la comida y no pasar frío de noche. Al menos hasta que mejorara el tiempo.

— Mi señor, acabamos de dar el alto a un carromato con tres hermosas mozas y nos preguntábamos si nos permitís divertirnos un rato con ellas...

El capitán levantó la vista de los planos preguntándose cómo podía tener un sargento tan estúpido. Podía apostar lo que fuera a que ni se habría molestado en preguntar quienes eran, tan sólo estaría pensando en mancillarlas...

— ¿A qué se debe su presencia?—le preguntó sin ocultar cierto aburrimiento.

— No le sabría decir, pero sí que son verdaderamente preciosas...—sonrió de forma bobalicona.

— ¿Estamos alejados de cualquier camino de tránsito, y no os ha extrañado que aparezcan así por casualidad?— desesperado, el capitán ni levantó la vista del escritorio.

— Bueno, en ese punto sí tengo una contestación.

— Menos mal, Pierre, menos mal que mantenemos despierto un cierto espíritu de curiosidad...—apuntó socarrón.

— Nos han contado que hoy empezaban las fiestas de una tal santa Águeda y que iban de celebración a la vecina villa de San Ildefonso, en la noche que llaman algo así como de las migas...

El capitán se quedó perplejo ante tan absurda explicación, a la espera de recibir más datos.

— Ya se que suena raro, pero eso dijeron, algo de migas... Una fiesta de migas... Y a tenor de los seis barriles de vino que lleva el carromato ha de ser una gran fiesta...

La palabra vino despertó el interés de Favert.

Llevaba meses sin apenas haber probado más que dos vasos, casi los mismos que tampoco había estado con una mujer, lo que consiguió que cambiara la perspectiva de la noticia. El sargento se percató de ello y por su propio interés trató de picarle un poco más.

— Mi señor, lo hemos probado, y he de confesar que sin ser un Borgoña no está nada mal, pero nada, nada mal...—se relamió los labios como prueba de ello. El enrojecimiento de sus ojos evidenciaba una probable larga cata.

— ¿Buen vino, decís?

Favert se empezó a sentir conmocionado. Hasta vestir de armas había sido un hombre de vides, vino y bodegas, como su familia que había vivido de esos negocios desde hacía más de cuatro generaciones. Se abrochó la casaca, se estiró los bigotes y se levantó de la silla con decisión.

— ¡Os acompañaré para hablar...!

Al mando del carronato iba una morena que sin necesidad de que abriera la boca, parecía de armas tomar. El capitán se dirigió a ella en su aceptable español para ampliar la información recibida por parte de su sargento. Le rogó que fuera concreta.

— Como le he contado a su soldado, esta noche se celebra la fiesta de las Águedas, donde sólo acudimos las mujeres casadas o viudas. Los hombres, durante todo el día no son los que mandan, lo hacemos nosotras...—Por el gesto que puso el capitán le pareció que estaba ganándose su curiosidad como tenía previsto—. Y lo de las migas que tan raro os parece, no es más que un plato tradicional de los pastores, humilde pero sabroso. Las comeremos a media noche, y desde luego estarán bien regadas con este vino...—señaló a sus espaldas, se rió con descaro y se ajustó el corpiño bajo la atenta mirada de los franceses.

Favert pidió a una de las acompañantes, una rubia de grueso talle que le diera a probar una frasquita. En cuanto lo tuvo en su mano sorbió un poco, y se emocionó de inmediato. Pidió otra.

— Y, ¿no haríais un hueco a unos hambrientos soldados tan necesitados de comer como de contemplar tanta belleza reunida?

— ¡No es una fiesta para hombres! Os lo he dicho...—la mujer hizo ademán de irse.

Con la segunda frasquilla de vino en su cuerpo, Favert desenvainó su espada y levantó las faldas de la mujer con todo descaro. Ella, de un manotazo se las bajó.

— ¡Os creía un caballero! Francés teníais que ser...—. Tomó las riendas y las estalló sobre la grupa de la mula con gesto indignado. El carro se puso en marcha con las tres mujeres mirando al frente, muy dignas, pero el capitán se hizo con el cabezal y detuvo su paso.

— ¡Quietas...! De aquí no os movéis sin anunciarnos donde va a ser y a qué hora, pues digáis lo que digáis nosotros vamos a acudir.

Flavert recibió la ovación de sus soldados, encantados con la idea.

— ¿Qué pasaría si no os lo decimos?—preguntó la tercera moza que no había abierto la boca hasta entonces, una preciosa joven cuyos ojos eran del color de la miel y su piel parecía la de un melocotón.

— Si no lo hacéis, no podré negarles que lleven a cabo lo que están deseando...—señaló a los diez soldados a sus espaldas. Las miradas de los muchachos fueron suficientemente elocuentes.

La mujer se volvió para preguntar a las otras y susurraron algo.

La que conducía el carro habló.

— Tienen miedo de vosotros...

— De un soldado francés se ha de tener miedo, pero no de unos sencillos hombres nacido en Francia, que es como en este momento nos consideramos los presentes ante vuestras mercedes. ¡Soldados! Demostrad en qué consiste nuestro famoso “savoir faire”

Los diez muchachos se lanzaron al carro a hablar con ellas, galanteando como si se tratasen de damas de la alta sociedad. Elogiaron lo hermosas que eran, sus ojos y cabellos, hasta sus toscos vestidos. Los modales de los hombres fueron delicados, deliberadamente correctos hasta ver superadas las reservas de las mujeres. Ellas, entre risas, les emplazaron a verse a media noche en la plaza mayor de San Ildefonso.

— Por esta vez, haremos una excepción... Venid y probad nuestras famosas migas...

Antes de abandonar el campamento les dejaron uno de los barriles con vino.

Viéndolas partir, Flavert como el resto de soldados decidieron no sólo disfrutar de las migas esa noche...

El pastor Lázaro, poco después del encuentro de las mujeres con los franceses, las esperaba a la entrada de San Ildefonso. Cuando le contaron lo sucedido las felicitó y mandó llamar al sepulvedano, jefe del clan de bandoleros para concretar cómo y cuándo debían actuar. Repartió el dinero entre las mujeres, ordenó a los hombres del pueblo que esa noche desaparecieran de las calles para evitar altercados, y se dirigió hacia la Plaza Mayor donde se estaba empezando a levantar una montaña de leña para formar una gran hoguera.

La fiesta de Santa Agueda, con sus sabrosas migas y el frío de la sierra de Guadarrama a sus espaldas, aunó a unas mujeres alegres y a una veintena de soldados ansiosos de ellas, en una celebración que tuvo más de locura que de recuerdo a la santa virgen que, por no renegar de su fe y entregarse como mujer al gobernador de Sicilia Qinciano, resistió mutilaciones y muerte.

En aquella noche de junio, ellas se ataviaron con vistosas monteras y cintas de colores, iban enojadas y con la mejor voluntad para recibir a los soldados. Bailaron alrededor del fuego, les regalaron sus amores y terminaron quemando un muñeco de paja, al pelele, como símbolo del poco valor que para ellas tenía la figura del hombre según señalaba la fiesta. Pero además, cuando el hambre les sacudió de lleno, entre tanta bebida y jolgorio, les fueron repartidas las famosas migas por toda la soldadesca y comieron de ellas hasta hartarse.

Las dulzainas y los tamboriles alegraron el resto de la noche, pero las migas pusieron el punto final y la droga necesaria para que los soldados durmieran profundamente la noche entera, y medio día más. Una vez conseguido su objetivo, con toda la soldadesca roncando a pleno pulmón, para dar cumplida fe de una de las costumbres que la centenaria tradición de Santa Agueda marcaba, las mujeres pincharon a los franceses con unas largas agujas que llamaban matahombres por haber violado con su presencia la tradición de la fiesta. Se rieron con ganas ante el éxito de su engaño pero también por lo fácil que les había sido conseguirlo.

Poco después, entre Lázaro y algunos hombres del pueblo ataron bien a los soldados para dificultar su persecución y ganar tiempo. Abandonaron el pueblo, y dejaron aquel curioso escenario en silencio.

Esa misma noche, a pocas leguas de San Ildefonso y mientras se celebraba la fiesta, el retén de vigilancia que cuidaba el enorme rebaño de catorce mil cuatrocientos sesenta y tres merinos ni se enteraron cuando sobre ellos cayeron las sombras de una docena de enmascarados. No hizo falta ni el

uso de armas ni pelea alguna para neutralizarlos. Estaban dormidos y borrachos como cubas después de que su capitán les hubiese compensado no ir a la fiesta con media barrica de vino.

El sepulvedano y su grupo de bandoleros sólo tuvieron que emplearse con uno que se despertó y pidió socorro, hasta hacerlo volver al sueño de los justos.

Con la ayuda de seis perros lograron agrupar el rebaño y lo movieron por caminos secundarios aprovechando la generosa luz que les regalaba una espléndida luna llena. Tomaron dirección este, hacia la comarca de Riaza, una población lo suficientemente alejada de la villa de San Ildefonso como despistar su ubicación. Una vez en el pueblo, sus habitantes estaban avisados para repartir todas las ovejas en centenares de pequeños establos ocultándolas al francés. Se había elegido aquel destino para que el traslado no les ocupara demasiado tiempo y pudieran tener todo el ganado a buen recaudo y antes del medio día.

Para no descuidar ningún detalle, el pastor Lázaro había ordenado que pusieran mucho cuidado durante la marcha con las pruebas que dejaban tras de sí los animales, disimulando todo lo que pudieran su paso. Y así hicieron, llenando un carro de cagarrutas.

A la mañana siguiente, todos los que habían participado en el engaño se encontraban lejos de San Ildefonso, con sus buenos dineros en los bolsillos y encantados por haberle ganado su particular batalla al invasor.

Aquella noche del mes de junio de mil ochocientos once, catorce mil cuatrocientas sesenta y tres ovejas fueron despistadas de los planes de Napoleón y dispersadas por tierras de Castilla, gracias a Santa Agueda, unos bandoleros, la belleza de varias prostitutas, unas belicosas y sospechosas migas, y la buena idea de un pastor, que sin tener las luces de aquellos diputados de

las Cortes de Cádiz que le patrocinaron y bendijeron su acción, poseía el saber que da la vida.

En el pueblo de San Ildefonso, pasadas más de doce horas de la fiesta y con el sol en su punto más alto, fueron despertándose los franceses con fuertes dolores de cabeza, vómitos y toda una ristra de síntomas digestivos después de una noche para olvidar.

Advertidos del engaño, el capitán Favert y sus hombres corrieron como poseídos en busca del rebaño que tenían encargada su custodia. Durante las cuatro siguientes jornadas consiguieron recuperar tan solo seiscientas ovejas y las marcaron con el sello imperial. Ajusticiaron a quienes las habían escondido, pero no encontraron más. Agobiados por las consecuencias que acarrearía su despiste, emprendieron camino con los merinos recuperados para llevarlos a destino. Atravesaron la frontera y alcanzaron sin más contratiempos, un mes después, Saint Jean Pied de Port.

A mediados de agosto el emperador Napoleón fue informado de la llegada del rebaño por el que tanto dinero y esperanzas había puesto.

— Mi Cesar...—su segundo se le acercó con una expresión rota— ¡No traigo buenas noticias!

Napoleón Bonaparte se incorporó de su asiento alterado. Odiaba recibir malos informes antes de irse a dormir, luego no le dejaban conciliar el sueño.

— Decidme... ¿Me vais a hablar de las consecuencias de nuestra derrota en Chiclana, o acaso de la de Lissa?

— No... no tiene que ver con eso...

— Pues vos diréis... Pero decidlo rápido que pretendo descansar y no estoy para adivinanzas.

— Se trata del rebaño de merinos del duque del Infantado; el previsto para cubrir las plazas de los nuevos depósitos. Ha surgido un serio contratiempo.

— Que si, si... Ya sé a que ovejas os referís... Seguid, por favor.

El Emperador no imaginaba qué problema podrían haber tenido para trasportar un simple atajo de ovejas selectas. Tomó una copa de vidrio tallado y se sirvió vino. Lo bebió de golpe cerrando lo ojos.

— Nos las han robado...

La copa estalló en pedazos sobre el suelo. Al ruido que produjo le siguió la ira de un hombre de baja estatura pero de enorme orgullo. ¿Quién había osado a robarle sus ovejas, y cómo?, se preguntó, transmitiendo la cuestión a su ayudante, con una mirada algo más que incisiva.

— Todo son vaguedades mi señor, pero los hechos son que de las catorce mil y pico de tan buena fama que habíamos conseguido sustraer al noble español, nos han llegado poco más de quinientas veinte.

La furia del Emperador, todavía incrédulo, recayó ahora sobre una silla de noble factura que salió por los aires y estalló en pedazos en una pared.

Su ayudante tragó saliva, agobiado.

— ¡Dadme nombres de inmediato! ¡Quiero a los responsables de esta humillante acción!—empezó a dar vueltas sobre si mismo, con las manos cruzadas a la espalda— ¿A qué general le dimos esa responsabilidad? Decídmelo pronto, porque prometo que lo va a pagar muy caro... Y enteraos también quién era el que dirigía la tropa... A ese le pongo a picar piedra en las canteras de Carrara mañana mismo...—bufó con sensación de impotencia—. Esa perdida, es... es la peor noticia que se me puede dar... Casi más que una

derrota militar... Lo digo en serio, y sabéis que digiero muy mal cualquier fracaso.

— Señor, os pasaré sus nombres, pero he de añadir algo más todavía...

— Esta noche está visto que todo puede empeorar...—no le quiso ni mirar. Agachó la cabeza y siguió el perfil de un dibujo floral que embellecía el suelo.

— Lamento añadir que los pocos animales que hemos conseguido traer no valen demasiado, dicen que están completamente tiñosas y medio enfermas. Es probable que no se consiga salvar ni la mitad.

— Pero maldita sea... ¿Y cómo hemos sido tan inútiles para que nos hayan podido robar tantos animales y en nuestras propias narices? Se supone que las teníamos custodiadas bajo tropa armada... ¿verdad?

— Le confieso señor que apenas he entendido el mensaje que me han hecho llegar, pues casi me ha parecido que estaba en clave. Lo único que he sabido es que se debió al efecto de unas migas de pastor, a un puñado de mujeres de mala fama, y a la fiesta de una santa cuyo nombre ni recuerdo...

Napoleón abrió los ojos perplejo, sin comprender nada.

— ¡Esos malditos españoles...!—tiró todos los papeles del escritorio al suelo y los pisoteó furioso—. No les bastó con humillarme en Bailén, que ahora se vuelven a reír en mi cara... Mandad a nuestros espías a España para averiguar qué sucedió de verdad, de dónde salieron las órdenes y quienes han sido sus responsables. Quiero sus cabezas. De mi no se mofa nadie...

— Si mi señor—clavó los tacones sobre el suelo.

— Y buscad otro rebaño de la misma envergadura, y esta vez hacedlo en persona. Os hago responsable de su suerte. ¿Me oís bien? Ah, y os advierto que como vengáis con una oveja menos de catorce mil cuatrocientas sesenta y tres, podéis ir pensando qué lado del cuello elegís en la guillotina.

— Dejadlo de mi mano. Francia tendrá la mejor lana del mundo...

Bonaparte le miró con bastante poca convicción y sin terminar de digerir el descalabro. Recogió del suelo el mapa de España que acababa de tirar unos minutos antes y lo desplegó sobre la mesa. Sin remedio, su mirada recayó sobre un punto al sur, al extremo de la bahía de Cádiz y suspiró. Le llegaban noticias sobre unas Cortes de hombres libres que se habían constituido en aquella ciudad, que andaban redactando algo parecido a una Constitución, y que sus representantes mantenían lealtad al Borbón Fernando en vez de a su hermano José. Cada vez le gustaba menos la deriva de los acontecimientos en España, pero al imaginarse a aquellos diputados y lo mucho que debían estar riéndose a su costa y a causa del maldito rebaño, sintió su honor herido, rompió en pedazos el mapa y blandió un puño al aire bramando en voz alta, convencido que desde ese momento tenía catorce mil cuatrocientas sesenta y tres razones más para arrasarse una tierra que sólo producía pastores y bandoleros.

— Un francés no olvida... pero un Bonaparte menos.

FIN

DOCUMENTACIÓN CONSULTADA

LIBROS

- 1.. “Guía de mercaderes y mercaderías en las ferias de Medina del Campo Siglo XVI.”
Anastasio Rojo Vega
- 2.. “ Abastecimiento local y comercio cotidiano en Medina del Campo a finales de la Edad Media.”
Las ordenanzas de peso
Hipólito Rafael Oliva Herrer.
- 3.. “Las antiguas ferias de Medina del Campo”
Cristóbal Espejo y Julián Paz.

ENSAYOS O ESTUDIOS

- 1.. “Exportación de lanas, trashumancia y ocupación del espacio en Castilla durante los siglos XVI, XVII y XVIII.”
L.M. Bilbao y E. Fernández de Pinedo.
- 2.. “Diario de las discusiones y actas de las Cortes. Tomo Quinto”
Cadiz en imprenta Real 1811.
- 3.. “El veterinario francés Francois Hilaire Gilbert y el pastor de Sigueruelo (Segovia) Andrés Gil Hernández.”
Jose Manuel Etxaniz y José Miguel Gil Sanz
XVIII Congreso nacional Historia de la Veterinaria.
- 4.. “La sepultura desconocida de un veterinario francés”
Carlos Luis de Cuenca. Hemeroteca ABC. 13/05/1959
- 5.. “La Hacienda Real de Castilla en 1504.
Rentas y gastos de la Corona al morir Isabel I”
Miguel Angel Ladero Quesada.

- 6.. “La introducción de los merinos en Francia a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La pérdida del monopolio español de una materia prima.”
Eric Teyssie.
- 7.. “Constitución de Cádiz de 1812”
- 8.. “Querellas corporativas en el comercio con Europa desde el Cantábrico oriental durante la primera mitad del siglo XVI.”
José Damián González Arce y Ricardo Hernández García.
- 9.. “Negocio y fiscalidad; los mercaderes burgaleses en la segunda mitad del siglo XVI.”
Clara Uriarte Melo
- 10.. “Los esquilaes y lavaderos de lanas en la ciudad de Burgos. Siglos XVIII y XIX.”
Luis Javier Coronas Vida.
- 11.. “Elites urbanas en el siglo XV: Burgos y Cuenca”
Yolanda Guerrero Navarrete.
- 12.. “Burgos en el comercio lanero del siglo XVI”
M. Basas.
- 13.. “La universidad de mercaderes de Burgos y el Consulado castellano en Brujas durante el siglo XV”
José Damián González Arce.
- 14.. “Relaciones comerciales entre el País Vasco y Castilla la Vieja en la Edad Moderna: Un panorama de la investigación reciente.”
Luis Javier Coronas Vida.

Región de Murcia

